

LA CONQUISTA DEL POLO SUR, Expedición del *Fram* (1910-1912)
Por *Roadl Amundsen* - Buenos Aires, Editorial Futuro, 1946.

El libro de Amundsen es el relato de una hazaña extraordinaria. Pero antes de asistir a su momento culminante, a aquel en que la extremidad austral de nuestro globo es hollada por primera vez, es necesario seguir las alternativas que lo antecedieron, la infatigable y silenciosa tarea de preparar la expedición.

Así nos enteramos de que Amundsen resolvió su viaje a las regiones antárticas como peldaño para despertar el interés por una ya proyectada empresa dirigida al Ártico, interés que había disminuído, en su opinión, luego de la llegada de Peary al Polo Norte. Adoptada la decisión, empieza la abrumadora labor de los aprestos para llevarla a feliz término. A todo debe atenderse, desde la selección de los hombres hasta el más insignificante de los detalles. Es necesario preparar concienzudamente los víveres, perros, ropas, papelería, elementos para combatir la monotonía del invierno polar, Lebidas, farmacia, material científico, instrumentos meteorológicos, vivienda, tiendas de campaña, etc. El menor error o el olvido más elemental repercute en el desarrollo de la expedición. Es curioso que el explorador noruego descuidara la provisión de palas para la nieve, las cuales, ya en tierras australes, tuvieron que ser suplidas con artefactos fabricados por los mismos expedicionarios. Y curioso es, también, que de esa distracción derivara el hecho singularísimo de la típica construcción que adoptaron, convirtiéndose en trogloditas del hielo.

El 7 de junio de 1910 parte el *Fram* del fiordo de Cristianía, y luego de navegar por mares borrascosos durante más de seis meses, el 14 de enero de 1911 se encuentra delante de la Gran Barrera. El *Fram* ancla en la bahía de las Ballenas. Ya en ese lugar y previa elección de un emplazamiento adecuado, el grupo de expedicionarios levanta la estación de invierno. Tal es *Framheim* (la casa de avanzada), con cuya erección cumple Amundsen la segunda parte de su programa. Más tarde, la casilla primitiva ha de poseer depósitos diversos excavados en la nieve, unidos entre sí, y con la casa, por corredores trabajados de la misma manera. *Framheim* se convierte así en una pequeña aldea subterránea, única y originalísima.

Todos los esfuerzos tienden desde ese momento al objetivo final: la conquista del Polo Sur. La tentativa es preparada cuidadosamente y se la encara con método, en etapas sucesivas. En el capítulo IV del libro nos da Amundsen un cuadro vívido, con pinceladas certeras, de las expediciones preliminares hacia el S. El diario adquiere a veces la concisión enérgica de un parte de guerra. Resaltan allí el esfuerzo agotador de los hombres; la lucha contra el ambiente hostil, el frío intenso y aun contra los efectos físicos y psicológicos que produce ese intento casi sobrehumano. El carácter se modifica y, no sin cierta amargura, recapacita el jefe de la empresa sobre las derivaciones insospechadas a que lleva ese esfuerzo titánico: "¡Cómo puede cambiar nuestra naturaleza! Amo a todos los animales y evito hacerles daño. No poseo ninguna afición a la caza; salvo en caso de peligro de muerte, jamás pienso en matar un animal, excepto las ratas y las moscas. En las condiciones ordinarias de vida, quiero a mis perros, pero las circunstan-

cias en que nos hallamos son muy excepcionales. . . o tal vez no me encuentro en mi estado normal. La segunda hipótesis es probablemente la verdadera. El duro trabajo cotidiano y la salvaje energía con que proseguía la realización de mi programa me hicieron brutal. Pese a sus ladridos lastimeros, castigaba sin piedad a Thor, un buen perrazo muy dulce, para que avanzara. Sus lamentaciones me dejaban indiferente. . .” (86).

Al final del capítulo, haciendo un alto en su relato, dice Amundsen: “Resumamos brevemente la obra realizada desde el 14 de enero al 11 de abril. Ante todo, la construcción e instalación de la estación de invierno; luego la reunión de aprovisionamientos de carne de foca para nueve hombres y ciento quince perros durante seis meses (el peso de las focas sacrificadas se eleva a alrededor de 60 toneladas métricas); por último, el establecimiento de tres depósitos que contienen 3.000 kilos de víveres en los 80°, 81° y 82° de latitud sur” (94).

En el capítulo VII, al dar cuenta de los preparativos para la jornada última en procura del Polo, indica detalladamente los distintos elementos necesarios para ese efecto: la fabricación de los trineos, las tiendas, el color más conveniente en la vestimenta, los látigos y su empuñadura, esquís, mapas, máscaras para las mordeduras del viento, bolsas de dormir, etc. Insiste en la consideración de cada aspecto y da su opinión personal sobre lo que acepta como más adecuado. Todo debe preverse, hasta el detalle más sutil: “Esos detalles, que tal vez el lector encuentre fastidiosos, demuestran lo largo que son los preparativos de una expedición como la que íbamos a emprender” (134). Y agrega: “La victoria está reservada a quienes todo saben prever y la derrota a quien descuida tomar a tiempo las precauciones necesarias. Por eso, cedo el honor de nuestro triunfo a mis compañeros tan abnegados, que con su paciencia y su perseverancia, llevaron nuestro equipo al máximo de perfección” (135). Asentamos estas palabras finales porque son, reiteradas en muchas oportunidades en el transcurso de su relato, una prueba de su modestia, de esa sencillez que siempre acompaña a los grandes hombres.

El cálculo de las previsiones para el futuro, anticipa hasta el número de perros que servirán a la expedición y los que deben ser sacrificados en el camino de ida y vuelta, para servir de alimento a los otros animales y a los mismos expedicionarios. La marcha definitiva hacia el Polo, en trineo, se inicia el 19 de octubre de 1911. Además de Amundsen, la caravana se compone de Hanssen, Wisting, Hassel y Bjaaland: cinco nombres destinados a la inmortalidad. La fría exposición de los peligros que deben afrontar no puede nunca ser fiel reflejo de la hazaña ni de los padecimientos que estoicamente soportan. La muerte los acecha en cada avance y los obstáculos se suman para hacer de la empresa una tarea de gigantes: montañas, glaciares, tormentas de nieve, fríos intensos inferiores a -30°C . . .

El 17 de diciembre la hazaña ha sido realizada. Y Amundsen no sólo vence en su lucha contra los elementos, sino que antecede en pocos días, en la victoria sobre el Polo, a la expedición inglesa del capitán Scott.

Comienza entonces el regreso, erizado de los mismos inconvenientes. El 25 de enero de 1912, Framheim los cobija de nuevo. Entre ida y vuelta

han pasado noventa y nueve días, más de tres meses, durante los cuales recorrieron 3.000 Km.

Los frutos de la expedición no se reducen, por supuesto, a esa faz que podríamos considerar meramente deportiva. Estudios de diversa índole se encaran, y llegan a comprobaciones de gran valor sobre la Antártida. Se obtienen los datos meteorológicos más importantes por medio de instrumentos apropiados, observaciones hipsométricas y topográficas, conocimientos sobre la fauna característica de la zona. Se lleva a cabo, igualmente, la exploración de la Tierra del Rey Eduardo VII, por el teniente K. Presterud, que nos es relatada en el capítulo XII del libro. De la mayor trascendencia son, asimismo, los estudios oceanográficos en el Atlántico Sur, efectuados desde el *Fram* durante la permanencia de Amundsen en la región de los hielos, y que nos cuenta el teniente Thorvald Nilsen en el capítulo XIV, último de este volumen.

El primer conquistador del Polo Sur, sale también airoso si se pretende enjuiciarlo como escritor. En el relato campea un sano humorismo, con toques de efectiva gracia, especialmente en el capítulo titulado "Una jornada en *Framheim*". Se nos muestra allí como un narrador muy ameno, lleno de ingenio y agudeza, a la vez que dotado de imaginación. Todo el libro se hace agradable precisamente por esa amenidad de que hace gala el relator, quien sabe dosificar hábilmente, desde el punto de vista literario, el profundo análisis de la vida en el polo, con la nota risueña o emotiva. Líneas de fuerte contenido emocional se presentan a cada paso, en aquellos momentos de hondo significado para la expedición. La añoranza de la patria lejana, la íntima satisfacción del ideal alcanzado, quedan grabados reiteradamente por boca de Amundsen. Y no es raro que aquellos hombres rudos y fuertes lleguen a las lágrimas en tales situaciones "¡88°23' de latitud! Hemos superado el punto extremo austral que el hombre ha tocado. Una violenta emoción me domina; lloro como una criatura. Al unirme a mis compañeros les aprieto afectuosamente la mano. Nuestros pensamientos se vuelven entonces hacia el hombre enérgico que, hace veintidós meses, plantó la bandera británica tan cerca del objetivo, y desde el fondo del corazón rendimos homenaje a sir Ernest Shackleton" (184).

En lo que se refiere a la impresión, debió ser completada con mapas de la zona explorada e itinerarios de la expedición. Ofrece el volumen, con el texto de 276 páginas, el complemento de 13 fotografías. La introducción es de Fridtjof Nansen. La traducción, del francés, se debe a Rodolfo Puiggrós.

He aquí un libro que merece conocerse, por su lectura fácil y agradable, que lo hace accesible a todo público; y, por encima de ello, porque las grandes hazañas de los hombres, dotadas de ejemplaridad, deben ser apreciadas.

MARIANO ZAMORANO